

SUSCRICION

Madrid: 2 pesetas al mes; 6 id. trimestre.
Provincias: 7.50 id.
Extranjero y Ultramar: seis meses, 5 pesetas fuertes en oro.
Número suelto: una peseta 50 céntimos.

SUMARIO

I. Recuerdos de Mayo.—II. La vanidad y la modestia.—III. La cabeza y el corazón.—IV. La Primavera.—V. Comunicado.—VI. El Excmo. Sr. D. José de Cárdenas.—VII. La envidia.—VIII. Colm.—IX. La Esperanza.—X. Enciclopedia infantil.—XI. Teatros.—XII. Crónica.—XIII. Solucion, charada y advertencia.

OFICINAS

Fuencarral, 3, principal
MADRID

No se sirve suscripcion cuyo pago no se anticipe.
Anuncios y esquelas de defuncion de niños á precios convencionales.

RECUERDOS DE MAYO

Ayer terminó el mes más bello del año.

Del mismo modo que las flores nacidas en sus pensiles impregnan la atmósfera de un aroma suavísimo que sobrevive á la existencia de aquellas, los recuerdos de estos últimos treinta y un días aún no se han amortiguado en la memoria y todavía recrean la imaginación.

Todo lo bello, todo lo que es poesía, tiene este envidiable privilegio: cautivar nuestra mente y hacerla converger al principio de toda belleza y de toda justicia.

¡Qué hermoso es el mes de Mayo para todas las criaturas! El joven le ama, porque es su misma esencia, su mismo sér, la misma vida flotando entre exquisitos perfumes exhalados por las flores.

El anciano siente con él y con él llora.

Sus brisas embalsamadas vivifican su sangre y se vuelve á sentir joven.

Este es el mes de la poesía, la época de los recuerdos y de las esperanzas.

Por eso más que otro alguno entusiasmo y enardece nuestro ánimo con mil y mil ensueños de ventura.

La Iglesia ha celebrado en el mes que acaba de terminar sus más bellísimas fiestas.

La Ascension, Pentecostés y el Corpus han hecho entonar en los templos inspirados cánticos de gloria al Sumo Hacedor de cuanto existe.

La Iglesia se asocia á la alegría de la Naturaleza y reserva sus misterios más sublimes para ofrecerles incienso entre las flores que nacen, los frutos que se anuncian, las brisas que olean los campos y los hermosos cambiantes de luz de sus poéticas alboradas.

Llegó la fiesta de San Isidro con la geométrica precision del cronométrico Calendario.

Y el día 15, la inmensa mayoría de los habitantes de Madrid y gran parte de los de provincias comarcanas, se dirigian de varios modos á las humildes márgenes del Manzanares.

Allí, teniendo sin duda presente el refran de que *No quita lo cortés á lo valiente*, festejaron al Santo de infinitas maneras, más ó menos comestibles.

Todo es cuestion de forma, y, segun es sabido, la intencion es la que salva.

A causa del mal tiempo no pudo verificarse hasta el 22 la inauguracion de la Exposicion nacional de plantas, aves y flores, que en los Jardines del Retiro ha organizado la Sociedad protectora de los animales y de las plantas.

Este ha sido el acontecimiento más culmi-

TOMO III

nante de Mayo, y sea dicho en verdad, ningún mes es más digno que él de honor tan extraordinario.

La Exposicion del presente año no es ni aún la sombra del anterior.

Entonces se trataba de una prueba, y se ignoraban sus resultados.

El débil ensayo causó tan hondo efecto en la opinion pública, que la estrechez y falta de elementos de ayer se trocaron hoy en holgura y abundancia.

Toda la Península ha respondido al llamamiento de la Sociedad protectora. Los Jardines del Retiro han albergado multitud de flores, de plantas, de objetos de labranza y jardinería, de aves y de máquinas que han venido á demostrar que no está tan atrasado en nuestro país, como tantas veces se ha vociferado, el gusto estético, el amor al arte y el cultivo de la Naturaleza.

¿Será posible describir el golpe de vista que presentaba la Exposicion?

Es imposible.

Sin embargo, ciertos pensamientos magníficos, ciertas frases elocuentísimas que se leían en los árboles, en los gallardetes, en todas partes donde se fijaba la vista, no pueden nunca olvidarse.

Hélos aquí:

«Tres cosas pueden conocerse á primera vista en una ciudad: en qué estado se halla la educacion, cuál es el gusto artístico de sus habitantes, cuál el concepto que merece su policía.

¿Veis paredes tiznadas, rayadas y descascaradas, efigies sin narices ni dedos, álamos y acacias heridos y con tiras de corteza colgando? Allí es defectuosa la educacion, no hay amor á las artes, no hay policía diligente.

Principia el niño por ensuciar una pared, y no se le corrige: un día manchará la reputacion más limpia. Maltrata hoy una escultura, y dá fin de un olmo: despues golpeará y herirá carne humana.

Las autoridades que dejan en paz á los que dañan al edificio, á la estatua y al árbol, dejan crecer y multiplicarse á los futuros destructores de todo.—(Juan Eugenio Hartzenbusch.)

—El mayor enemigo de la sociedad es el ingrato.—(Ciceron.)

—Para Aquel que hizo la inmensidad, un insecto vale un mundo: lo mismo le ha costado hacer uno que otro.

—Nunca aparece tan grande el fuerte como cuando presta su apoyo al débil.—(Antonio Trueba.)

—La crueldad con los animales es el aprendizaje para ejercerla con los hombres.»

El estilo árabe del pabellon real llamaba la atencion por su gusto delicado.

Allí no se ha olvidado nada de cuanto tiende á llenar su objeto; todo es rico y bello.

La estufa del Sr. Pastor y Landero es soberbia. El arte y la riqueza reunidos no han podido producir más magnificencia. En un palacio de cristal, levantado sobre fábrica de hierro, se hallan albergadas las más encantadoras plantas.

Expléndida sobre manera es la instalacion de la señora duquesa de Santofia, no ménos que la del Sr. D. Manuel María de Santa Ana.

El Ayuntamiento de Madrid ha presentado valiosos ejemplares de todo cuanto cultiva en sus jardines.

Todo es bellísimo, incomparable; solo viéndolo podria formarse una idea aproximada de tanta grandeza.

Valencia, la hermosa Edetania, ha exhibido sus flores y sus plantas, dignas del bello suelo en que nacieron. Una barraca del país contiene cuanto la Naturaleza hace brotar de la tierra en las riberas del Turia.

Los Jardines de la Infancia, bajo la direccion de nuestro compañero y amigo D. Eugenio de Bartolomé, ha ofrecido tambien bellas plantas y aves nacidas en el mismo local del colegio.

El Jardin Botánico se ha hecho digno de su fama presentando 150 plantas de diversas especies.

En suma: es interminable la narracion de todas las maravillas naturales que encierran aún los Jardines del Retiro.

El Sr. Ruiz Gomez, presidente de la Sociedad protectora, puede estar orgulloso de su obra.

Del mismo modo han estado acertadísimos los miembros de la subcomision de ornato, que son:

D. José Manuel Ruiz de Salazar, D. Perfecto Clemencin, los arquitectos D. Adolfo Hernandez Casanova y D. Ricardo Marcos Baussá, el pintor D. Juan Calvo, D. Juan Ferrari, Aranguren, Puente, Galagarza, Diaz Perez y Pascual (D. Agustin).

Todos merecen la más cumplida enhorabuena de todos los amantes de la prosperidad de la patria.

Lluvias, calor, frio, regocijo, iluminaciones, música... tal ha sido el mes de Mayo.

Y para que no faltara nada, para que el cuadro no careciese de colorido, aparecieron en el Prado los puestos antidiluvianos de las fériás.

El mundo marcha, ha dicho un escritor de allende los Pirineos; pero las fériás, por lo visto, no están sujetas á esta ley de la gravitacion.

Son inamovibles y tan apolilladas como los libros que nos presentan á la venta.

Y antes era una, pero ahora son dos.

Prueba incontestable de que hace falta un museo arqueológico más espacioso del que existe.

No es cosa de convertir el mejor paseo de la corte en almacen de antigüedades.

JOSÉ NOVI Y PEREDA

LA VANIDAD Y LA MODESTIA

I

¿Ves, mi bien, esa figura
esbelta, atrevida, hermosa,
cubierta de ricas galas
y de magníficas joyas,
que marcha arrogante, erguida,
que sus hechizos pregonan,
que con estudiado empeño
hace asomar á su boca
provocativa, incitante,
una sonrisa burlona,
de cuyas pupilas parten
miradas despreciadoras,
y más leyes no respeta
que las que dicta la moda?...

Pues esa es la Vanidad,
es la Vanidad odiosa
á quien los nécios admiran,
y á la cual el mundo entona
sus cánticos de alabanza,
sus himnos de honor y gloria.

¡Oh! No des jamás oídos
á sus voces insidiosas,
que ese sentimiento innoble
que en almas mezquinas brota,
como el torrente impetuoso
lleva en sus revueltas ondas
cuanto á su paso se opone
cuando hirviente se desborda,
cuanto hay de grande y de bello
con su impuro aliento arrolla.

II

¿Y no ves allá en la altura,
entre gasas vaporosas,
aquella virgen blanquísima,
aquella imagen radiosa,
que en sus mejillas ostenta
del pudor las tintas rojas,
y con adorable encanto
los dulces ojos entorna?...

¿No te parece más bella
que la otra, altanera, odiosa,
con sus falsos oropeles
y su tentadora pompa?
¡Ah! ¿Quién lo duda? Es aquella
una *hermosura* fangosa,
imperfecta, terrenal,
pasajera; mas la otra,
es *inmaterial belleza*
de Dios acabada obra!

Sigue, pues, sigue las huellas
de esa virgen pudorosa;
sé siempre buena y humilde,
dulce modestia atesora,
que es la joya de más precio,
de la modestia la joya.

ERMELINDA DE ORMAECHEA

LA CABEZA Y EL CORAZON

Reflexiones infinitas pueden hacerse respecto de estos dos importantísimos órganos del cuerpo humano.

En el primero reside la inteligencia: en el segundo el sentimiento.

Millares de millares de veces surgieron en la vida los contratiempos por no armonizar debidamente, por la imprudente temeridad de dejar á estos dos órganos funcionar con libertad, siendo tan esencialmente simpáticos é importantes.

Si dejais obrar irreflexivamente á la cabeza, lo inmediato es desbaratar en la dura pendiente de la vida: si os dejais dominar por el sentimiento sin la debida premeditación, tener por cierto que vulnerais las leyes de la naturaleza, acaso las leyes que son comunes á toda sociedad constituida, y enfermais.

La irreflexión precipitó muchas veces al individuo: el sentimiento extremo, le aniquiló físicamente.

La una y el otro, si no se armonizan, si no se encauzan, producen estragos en el organismo y conducen al hombre ó á la abyección ó á la imbecilidad.

Y no es máxima exajerada que se vierte con el rigor del escolasticismo: no brota de inteligencia perturbada por la presión de las circunstancias, ni está subordinada á ridículas preocupaciones: sin ser fanáticamente religioso; sin obedecer á las ligerezas de nuestra innata condición, creo, sometiendo mis pensamientos al frío cálculo, que ni la cabeza ni el corazón deben obrar independientemente, sino de acuerdo perfectamente común.

Si la cabeza ó el corazón por sí solas pudieran resolver con fruto positivo en las contingencias de la vida, sobrarían la una ó el otro en el organismo humano: la obra sería imperfecta porque se demostraría que dentro del cuerpo había algo ocioso é inútil, y esto no cabe ponerlo en duda; ni en el organismo humano, ni en el conjunto de la creación hay nada inútil, porque lo que no aprovecha directamente al hombre, sirve y aprovecha á las aves y la pesca de que se nutre, contribuye al desarrollo de las plantas que le dan abrigo, fomentan la riqueza que maneja purifica la atmósfera que respira y ensancha la esfera de su conveniencia á medida que hace uso prudente de la razón que Dios imprimió en su ser para distinguirlo de los brutos.

Lo más pequeño, lo más insustancial, tiene aplicación práctica de reconocida utilidad, por más que los adelantos de la ciencia no lo hayan hasta ahora investigado, y lo que es útil, no es ocioso.

Meditemos, pues, y meditemos con la mano sobre el corazón, porque si dejamos correr á su arbitrio á la cabeza, podemos incurrir en errores que produzcan algún mal á nuestros semejantes; si procedemos dominados por el sentimiento sin la oportuna reflexión, podemos, no solamente enfermar, sino caer en ridículo, y el hombre debe procurar con solicitud ferviente ni hacer mal á su prójimo ni servir de befa á los demás.

Decía un celebrado filósofo, ocupándose de nuestra condición, en los siguientes versos:

«No tu pensamiento asombre
ser flor, ser aire, ser ave;
dichoso el hombre que sabe
llegar, al fin, á ser hombre.»

Pues bien, niños queridos, para llegar á ser hombres, no basta crecer: conozco muchos viejos de elevada talla que siguen siendo niños, como me complazco en confesar que conozco muchos niños que son, en rigor, verdaderos hombres.

Una misión tenemos que cumplir en este penoso valle de pasiones, y el que vence las pasiones, empleando todo el esfuerzo de su razón; el que desarrolla su inteligencia con las simpatías sublimes del corazón para ser útil, no solo á sí mismo sino á su familia y á la sociedad en que se agita, ese, cualquiera que sea su edad, es seguramente un hombre, cuando al propio tiempo obra dentro del círculo de la moral y de las leyes, así como no puede considerarse hombre el que desconoce sus deberes y ofende á la moral en cualquiera de las etapas de la vida.

Niños míos, antes de proceder, discurrid, y cuando la razón os haya abierto claro horizonte, sentid.

¡Cuántos extravíos lamenta la humanidad, por hacer de ligero!

¡Cuántos desengaños se tocan por obedecer sin reflexión al sentimiento!

No os dejéis, pues, dominar de las impresiones del momento, estudiad vuestra conveniencia, haciendo uso racional de las facultades inherentes á los dos órganos, y vuestras deliberaciones llevarán siempre el sello de la honradez y de la virtud.

VICENTE D. BORDANOVA

LA PRIMAVERA

El sol descorre el velo
de nubes que á su luz el paso cierra;
al sublime espectáculo del cielo
responde el himno inmenso de la tierra.
Montañas, bosques, mar, todo palpita
y de júbilo todo se estremece;

la Creación parece
que con nueva hermosura resucita.

En los aires, gozosas,
y entre el fresco vapor de las corrientes,
sus alas diligentes
agitan las primeras mariposas:
en tanto el mirlo, que esperaba alerta
la floración en plácido saludo,
por los alcores lanza silbo agudo,
de bonancible tiempo señal cierta.

Como río de fuego,
la savia, sangre vegetal, asciende
por cada ser que vive de su riego,
y la llama de amor en él enciende.

Los árboles, dormidos,
la cabeza levantan,
y con susurros y gorjeos cantan
selvas y fuentes, céfiros y nidos
Derrítese la nieve,
sobre el valle risueño, que verdea,
al soplo de la orea
sus blancas flores el almendro llueve.

Conduce á la colmena su tesoro
de miel del tomillar, aún no labrada,
el enjambre sonoro
de la joven abeja atareada.

Indómito el caballo
que freno aún no sufrió ni dura espuela,
por el egido relinchando vuela
y sacude sobre él su firme callo.

Y aquel manso animal, del hombre amigo,
y Dios un tiempo y víctima que el ara
de su sangre la púrpura bañara
con todo el viejo Oriente por testigo,
que su cerviz de flores coronara,
todavía tributa noble ofrenda
de sudor y trabajo, y nos dá ejemplo,
en el grandioso templo
del campo, que hasta Dios es fácil senda.

Su nido la cigüeña ya construye
en la punta del viejo campanario:
la Estación, generosa, restituye
al techo de edificio hospitalario
parlera multitud de golondrinas;
y hasta la rota piedra
de estatua, de sepulcro y santuario,
monton informe de olvidadas ruinas,
de sombrío verdor cubre la hiedra.

Cada ser comunica el gran secreto
de sus historias íntimas de amores,
con el rico alfabeto
de perfumes, sonidos ó colores.
Habla el ave á la flor, la flor al ave,
y tienen confidencias misteriosas
en lenguaje simbólico las cosas,
que de él conocen la segura clave.

De aguda esquila y de cencerro grave
tampoco los sonidos son extraños;
y á su compás uniendo allí cercana
su vibración robusta la campana,
caminan los pacíficos rebaños.

En el fondo de lóbregos talleres,
de la alegría y la salud destierro,
donde ruge la máquina de hierro,
y macilentas sombras de mujeres,
y niños como espectros, á su lado,
su vida silenciosos deshlaban,
á la vez que finísimo tramado
para vestir al lujo fabricaban
—precio de un pan con lágrimas regado,—
entra un rayo de luz consoladora
que los semblantes pálidos colora
y las almas calienta
de la desnuda grey flaca y hambrienta,
cuyo labio ya es fuente de cantares
en que pone su nota la esperanza,
mientras la suya penetrante lanza
el concierto vital de los telares.

¡Oh, dulce Primavera,
luminosa Estación al hombre grata,
como recuerdo de la edad primera,
y temida á la vez, porque retrata
placeres de una edad, que ya no espera!
En tus horas benditas,
bajo el azul de un cielo transparente,
no sintió gravitar sobre su frente

el peso de tristezas infinitas.
Cruzaban por su mente,
con majestad serena de inmortales
visiones celestiales,
desprendiéndose, al paso, de su boca
de armonías purísimos raudales,
como el agua que nace de una roca.
En tu feliz imperio no hubo lira
por el dolor pulsada,
ni tras la fé jurada
se escondió cautelosa la mentira,
El amigo creía en el amigo;
la mujer, adorable criatura,
no llevaba en su frente, por castigo,
de bastarda pasión la sombra impura.

Y así en la tierra fué desde la infancia.
En los antiguos días, de que aún vago
eco repite á siglos de distancia
la edad nuestra con débil resonancia
como su luz la luna en fuente ó lago,
Asia, abuela del mundo, envilecida
y del tiempo encorvada bajo el peso,
jóven y hermosa fué, como nacida
de la aurora primera al primer beso.
A sus robustos pechos, hoy vacíos,
madre y nodriza, amamantó naciones
que de estenderse habían, frescos ríos,
por remotas y bárbaras regiones.
Reina, esclava, inocente, disoluta
por fin, sobre su trono hecho pedazos
durmiose, fácil y ebria prostituta,
de bestial sensualismo entre sus brazos.
Y cubierta se vió de vilipendio,
y cayeron sobre ella, en el letargo
de su vigor y su infortunio largo,
invasores testigos de su afrenta,
repartiéndose, en pós, sin ceremonia
harapos de su púrpura sangrienta,
como Ninive torpe y Babilonia.

Y así Grecia también. Por las azules
ondas mediterráneas, mal envuelta
de espuma y verdes algas en los tules,
la rubia cabellera al aire suelta
que el sol de ardientes chispas constelaba,
la madre del amor, Venus, bogaba
cuando tímida rompe en los jardines
su capullo gentil la primer rosa,
entre turba graciosa
de nercides, tritones y delfines.
Los templos de la diosa,
—obra sin par de los cinceles dorios—
erguidos en los altos promontorios
de Chipre y Citeria,
que sumisa besaba la marea,
y bajo el cielo hermoso de Corinto,
en su interior y en torno á su recinto
de vil disolución aún no manchado,
veían desfilar, entre canciones,
las grandes procesiones
del pueblo en mirto y rosas coronado,
hasta que el velo púdico se quita
en las infames noches de Milia.

Más de éstas breves dichas el fin llega,
y se borra la nube que á los ojos
ocultaba del mundo los abrojos;
¡oh, juventud del hombre, tu eres ciega!
El mismo sol de tus serenos días
hoy con su lumbré el universo baña,
y del valle profundo y la montaña
se desprenden las frescas armonías
que en tu inexperta mocedad oías.
En aquellos, vestidos de oropeles
que luce el Carnaval en las orgías,
Arlequin agitó sus cascabeles,
á cuyo són la multitud se lanza
y se confunde en borrascosa danza.
Y de locura tanta, despues, vino
el solemne severo aniversario
del drama aquel del Redentor divino,
que principió entre *hossanas* el camino
cuya estacion postrera fué el Calvario.

¿La eternidad del bien quién asegura?
¿Quién, Primavera, tu esplendor fecundo?
¿En qué cáliz no hay gotas de amargura?
¿Quién no lleva su cruz en este mundo!

En el risueño Mayo
que la celeste bóveda corona,
la tempestad, formándose, amontona
nube tras nube donde estalla el rayo;
y en la rosa, primor de los verjeles,
y en los rojos claveles
donde la vista con placer se ufana,
reflejos vivos hay de sangre humana.
En Mayo fué: de aquí, de esta llanura,
partió el grito colérico de guerra
conque un pueblo vendido y sin ventura,
llamaba á las naciones de la tierra,
eclipsando en su trágica ruina
las glorias de Platea y Salamina.
Y entonces comenzó la grande Iliada
de Europa, que tomando la cadena
conque la tuvo un tiempo agarrotada
el hombre de Austerlitz, Marengo y Jena,
amarró al peñon de Santa Elena.

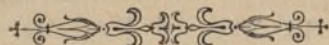
Alternan los placeres con el llanto,
bella es la luz, porque la sombra existe,
bella la sombra si de luz se viste;
la vida sin dolor no tiene encanto.
Dejamos de sentir la yerta brisa;
pasó el Invierno triste;
mas, ¿quién alguna vez en su sombrío
rostro, no vió asomar, reinando el frío,
del padre de la luz una sonrisa?
Ahora que de ella la extension inunda
y disipa del nubló los horrores,
cante el bardo la fiesta de las flores,
que ya en la verde soledad profunda
celebran melodiosos ruiseñores.
Esta es la edad segunda
del año, en que los gérmenes despiertos,
abandonando subterráneas sombras,
los montes cubren y los valles muertos,
de espléndidos tapices y de alfombras.

El esperado instante
cuya venida el frío retardaba,
era la flor que rompió triunfante
la envoltura sutil que la guardaba.
Para ornarse la frente, que ya inclina.
coronada de rústico tocado,
ó ponerla en el pecho enamorado,
la corta la muchacha campesina;
y principia á dudar la abeja loca
si tomará en la flor que ésta se prende,
ó en la flor, aún más linda, de su boca,
la ansiada miel que su apetito enciende.

¡Oh, Primavera de la vida humana!
en tanto que tu sol en ella brilla,
de la oculta semilla
elévase también la flor temprana,
¡Qué continuo brotar de aspiraciones!
Como el campo de rosas,
llénanse en esta edad los corazones
de sueños y de ideas generosas.
Toda noble ambicion, con firme planta,
por su ideal á combatir se apresta;
este es su fin supremo, y la edad esta
que ni el temor de lo imposible espanta,

¡Oh, juvenil falange! Todavía
para tí no es un nombre el sacrificio,
ni blanco del desdén y la ironía
la santidad angusta del suplicio.
En la sangre que corre por tus venas,
hay sangre del antiguo Prometeo,
que al infinito aspira, y sin cadenas
abandona el peñasco giganteo.
Tu alma vuela por ámplios horizontes,
y al sentir que á él te acercas sin reposo
por cima de las cumbres de los montes,
Dios no frunce su ceño poderoso.
Tú eres el porvenir, en tí se inicia,
como en la flor, el fruto venidero;
un beso más del sol, una caricia
del áura tibia que negaba Enero;
y no ha de ser perdida la simiente
que á su paso dió el hombre por tributo:
hoy, promesa divina ya presente,
la flor primaveral anuncia el fruto.

VENTURA RUIZ AGUILERA



Accediendo á los deseos de nuestro colaborador el Sr. D. Carlos María Díaz Valero, transcribimos á continuación la siguiente carta-comunicado:

«Sr. D. José Novi y Pereda, Director propietario de la acreditada Revista LA ILUSTRACION DE LOS NIÑOS.

Muy señor mio y de mi mayor consideracion y aprecio: Sin merecimiento alguno por mi parte, desde el corto tiempo que he tenido el honor de conocerle, he recibido siempre de V. toda clase de distinciones. Trátase hoy de un asunto relacionado con la educacion de la niñez; tiende á destruir la ignorancia. ¿Cómo del activo fundador y director del mejor periódico para niños no he de obtener un nuevo favor? ¿Cómo del decidido adversario de la perversión humana no he de esperar me complazca nuevamente?

Dos individuos de la benéfica Sociedad protectora de Animales y Plantas, mis queridos amigos los señores D. Próspero Saynard y D. Natalio Moraleda, personas ambas de una vasta instruccion y una modestia grandísima, residentes en la próxima villa de Morata de Tajuña, donde el último ejerce la altísima y sagrada mision de educar á la infancia, han presentado á una importante Sociedad recientemente creada, la *Liga contra la ignorancia*, una proposicion que por la misma asociacion ha sido aprobada *por unanimidad*.

Ahora bien: dada la naturaleza de la proposicion que acompaño, creo (y este es el favor que espero me otorgará) que puede insertarse en la importante publicacion de su propiedad, y de la cual tengo en mucho ser colaborador.

Aprovechando gustoso esta ocasion, se repite de usted afectísimo seguro servidor Q. B. S. M.—CARLOS MARIA DIAZ VALERO.

Madrid 17 de Mayo de 1880.»

A LA «LIGA CONTRA LA IGNORANCIA»

Los que suscriben presentan la siguiente

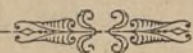
Proposicion

Cláusula 1.^a Que sea una de las asignaturas indispensables en las escuelas de instruccion primaria la enseñanza de cartillas agrícolas, escritas al alcance de la tierna inteligencia de los niños (1).

2.^a Que se provean los establecimientos de instruccion de cuadros con grabados de insectos, beneficiosos y perjudiciales á la agricultura, para amparar y proteger á los primeros y destruir á los segundos, dándose la preferencia á las colecciones de insectos disecados.

3.^a Que se haga obligatorio á todos los pueblos, por pequeños que sean, el sostenimiento de las tan necesarias clases nocturnas de adultos, y que se les exija como texto de lectura un compendio del Código penal.

Morata de Tajuña 14 de Mayo de 1880.—*Próspero Saynard*.—*Natalio Moraleda*.



EL EXCELENTÍSIMO SEÑOR DON JOSÉ DE CÁRDENAS

Una mañana de 1876 entrábamos en el antiguo convento de la Trinidad acompañados de nuestro querido amigo D. Andrés Borrego, el decano de los periodistas españoles.

Un jóven de cara redonda, ancha frente, ojos grandes y vivos, barba negra y cara sonriente, subía á la vez que nosotros las escaleras del ministerio de Fomento.

—Adios, compañero, le dijo á nuestro amigo.

—Adios, Sr. Cárdenas, replicó éste.

—¿Le conoce usted? nos dijo Borrego, así que hubo pasado el Sr. Cárdenas.

—No.

(1) Esta mandado, pero no se cumple.

—Es el Director de *El Tiempo*.

—El Director General de Agricultura, Industria y Comercio, querrá Vd. decir.

—Ciertó; un jóven que la política ha robado á las Letras, un poeta inspiradísimo, un crítico severo, de ingenio poco comun, y que, como otros tantos, lo consumirá la política, que envenena todo cuanto toca y mata en agraz á los más preclaros ingenios.

..

Siete meses despues, el 22 de Abril de 1877, acudíamos una noche al régio coliseo de la Plaza de Oriente. Nos llevó á él nuestro amor al arte, y la satisfaccion que habíamos de experimentar oyendo cantar, por primera vez en nuestra vida, una ópera española, un poema escrito en el rico idioma de Cervantes, y puesto en música por el célebre académico y maestro compositor Sr. Zubiaurre.

Nadie creía en el éxito de la obra.

Y era que no conocían al autor del poema, al ménos como crítico, como artista, como poeta lírico.

Se anunciaba el estreno de *Ledia*, obra del Excmo. Sr. D. José de Cárdenas, Director General de Agricultura, Industria y Comercio, cuando en realidad no era suya.

La habia escrito *Marcelo*, el crítico de *El Tiempo*, el artista renombrado, que tenia una reputacion entre los profesores músicos y entre los literatos contemporáneos.

Nosotros estábamos en el secreto.

Conocíamos á *Marcelo*, pseudónimo de José de Cárdenas, y confiábamos en el triunfo de su primer obra de ópera española.

Se levantó el paño de boca despues de los preludios sinfónicos de Zubiaurre; comenzó el primer acto; á cada nueva escena, el público, el público escogido, el público culto, que se habia disputado como los energúmenos una localidad pocas horas antes en la calle de Felipe III, rompía en ruidosos aplausos y pedía con insistencia conocer al autor.

Entónces salió al escenario el Excmo. señor D. José de Cárdenas, Director General de Agricultura, Industria y Comercio, y el público exclamó: «Es *Marcelo*, el crítico, el poeta eminente.»

Ni aún en aquel momento quiso el público reconocer en el Director General de Agricultura, Industria y Comercio al autor de *Ledia*. Y es que las reputaciones no se ganan en un dia. *Marcelo* la tenia de muy antiguo, mientras que D. José de Cárdenas comenzaba á aparecer en la esfera pública y en el mundo de las Letras.

Figaro murió, y apenas si hasta despues de su muerte nos hemos acostumbrado á reconocer en él al inmortal Larra, el mejor crítico de nuestros tiempos.

El público, la opinion, no se gana ni se sorprende con facilidad.

..

Terminó la ejecucion de *Ledia*, y *Marcelo* quedó coronado como poeta lírico en el grande coliseo de la Plaza de Oriente. Una notable revista ilustrada que acaba de suspender su publicacion con el comun sentimiento de los amantes de las Letras patrias,—*La Acade-*

mia,—dedicó á este extreno un muy oportuno artículo. Su opinion sobre *Ledia* fué la siguiente:

«No es nuestro propósito en esta ocasion hacer un análisis del libreto que entraña y desenvuelve un argumento interesante proseguido con talento, gusto y conocimiento del Teatro, ni ménos examinar la partitura, señal patente de los grandes adelantos que el autor realiza en la esfera de la composicion musical: redúcese nuestro empeño á recoger la enseñanza que el hecho nos suministra. El estreno de *Ledia* la noche del último domingo, ante una numerosa y muy selecta concurrencia—que prevenida, llena de curiosidad y hasta desconfianza al principio, dió luego muestras del más legítimo y espontáneo entusiasmo;—el buen deseo y solicitud con que se ha conducido el empresario del régio coliseo, Sr. Robles, admirablemente secundado por todos sus dependientes superiores é inferiores, que han rivalizado en el generoso y patriótico empeño de contribuir al mayor brillo de la ejecucion, la viva, eficaz y fecunda cooperacion de las partes principales, que, cantando en un idioma extraño, han sabido vencer todas las dificultades que éste les suscitaba, dando cuerpo, por decirlo así, á los tipos que el poeta habia imaginado, la manera como los coros han coadyuvado á los comunes resultados, haciéndose repetir en diferentes ocasiones, todo esto reunido, amado y apreciado, nos enseña con buena voluntad y una poca de diligencia el drama lírico-nacional, esto es, escrito por libretista español en la lengua nativa, y puesto en música por maestro español tambien, puede ser en breve plazo halagüeña realidad que acreciente los timbres de nuestra cultura.

Dicho esto, por el momento, cúmplenos añadir algunas líneas que den á conocer á los laureados autores. El Sr. Cárdenas, hijo de Sevilla, y muy conocido por sus grandes y discretas aficiones artísticas, ve realizado—con tan ruidosa ovacion—los ensueños primeros de su juventud. Niño aún, dedicábase ya á la música y á la composicion, demostrando excepcionales aptitudes para ello, y bien puede decirse que, si publicara el cúmulo de composiciones líricas que tiene en su cartera, Cárdenas ocuparía, á pesar de su modestia, uno de los primeros puestos en la esfera del arte lírico nacional. Estudioso y diligente como pocos, no bien se trasladó á Madrid, una vez terminada su carrera de juriconsulto, reanudó sus florecientes estudios musicales, completándolos en diferentes excursiones al extranjero y demostrando su competencia como crítico en las columnas de varios periódicos, pero sobre todo en las de *El Tiempo*, donde con el pseudónimo de *Marcelo* se ha labrado una envidiable reputacion. Ni las graves preocupaciones de la política—donde Cárdenas ocupa elevado asiento—ni las distracciones de la vida social—en cuyas superiores esferas alcanzó nuestro jóven poeta el lugar debido á sus méritos artísticos y á la distincion de su trato, fueron bastantes á distraerle de su constante pensamiento: la creacion del Teatro lírico-nacional. Siempre que el problema ha surgido, Cárdenas ha sido uno de sus primeros mantenedores, y hoy mismo que de nuevo se agita la idea, con su ejemplo y su palabra, y tambien con su influjo, acude á prestar á su país el inapreciable servicio de obtener ventajas y plácemes que hasta ahora no ha alcanzado.»

Ni una palabra más.

..

Cualquier jóven de 26 años, como tenia entónces Cárdenas, se habria hinchado ante un triunfo tan justificado como el que lograra la noche del 22 de Abril. Cárdenas no es de estos hombres, porque no cree en la necesidad de hacerse más grande para con los que le rodean, y su mejor cualidad es precisamente la modestia con que sabe revestir todos sus actos y el amor que profesa á sus camaradas del periodismo y de las Letras.

Aún recordamos un rasgo que retrata vivamente á *Marcelo*, el antiguo crítico de *El Tiempo*. La prensa de Madrid se reunía de

antiguo una noche de cada mes á comer y estrechar los lazos del compañerismo ante un modesto festin de 20 reales.

En 1877, habian nombrado á Cárdenas Director general de Instruccion pública. Cuando se presentó á la mesa de los periodistas, la presidia Carreras y Gonzalez, director de la *Gaceta*. A los postres, el primer brindis del presidente fué en honor á haber sido nombrado Director de Instruccion Pública un compañero nuestro.

Frontaura, Perez de Guzman, Palacio, Ginnard de la Rosa, todos los comensales, felicitábamos á Cárdenas. Este se levanta, da las gracias á los compañeros, y dijo con la franqueza que le es peculiar, «que no aceptaba la felicitacion, aunque la tenia en mucho por quienes se la daban, y no la aceptaba porque nada le habia dado el Gobierno para merecer los honores que todos allí le dispensábamos, puesto que el lugar de honor, su puesto principal, el que más le elevaba ante la opinion pública, el que más estimaba, era el de Director de *El Tiempo*, y el que es Director de un diario español, bien puede serlo de Instruccion pública, sin ganar gran cosa en ello.»

Este rasgo retrata al escritor, al periodista, al que desde niño deja las aulas universitarias terminando sus carreras literarias, y sienta plaza en la redaccion de un periódico para formar en las honrosas filas de los hombres de letras, que, pobres y calumniados en su mayoría, olvidados tambien por los que ellos han sabido levantar de la oscuridad á los altos puestos del Estado, tienen conciencia de lo que es la literatura y de lo que realiza en estos tiempos el periodismo moderno.

..

El que así piensa, el que así obra, el que así habla, tiene, como D. José de Cárdenas, un talento nada comun, y donde esté, donde él vaya, dejará la huella de su carácter y de su entendimiento.

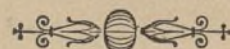
En el desempeño del alto puesto que ejerce en el Ministerio de Fomento ha prestado y presta actualmente grandes servicios al país; á su iniciativa y á su celo se debe la creacion de la escuela de Agricultura de la Florida, el aumento y desarrollo de las Bibliotecas populares, la actividad que ha demostrado nuestra patria para concurrir dignamente á la Exposicion Universal de París, la reunion del congreso filoxérico, la ley para combatir con energía al temible insecto destructor de los viñedos, las conferencias agrícolas y el progreso que han logrado los establecimientos de enseñanza tecnológica, que tan útiles resultados vienen dando en las escuelas de Artes y Oficios.

..

Vamos á terminar esta semblanza.

Cárdenas es Diputado, hombre político, y figura entre las huestes ministeriales desde la Restauracion. Como nuestra Revista no es política, ni nos proponemos hablar aquí más que del literato, del poeta, hemos de poner punto final á estos apuntes.

NICOLAS DIAZ Y PEREZ





EXCMO. SR. D. JOSÉ DE CARDENAS
DIRECTOR GENERAL DE INSTRUCCION PÚBLICA

LA ENVIDIA

Es la envidia una pasión
de tan rudo mal obrar
que se pudiera llamar
escoria del corazón.
Nunca tiene compasión
de su víctima inocente,
y cuando rodar se siente
de impotencia ó atonía,
mordiéndolo se mataría
como la torva serpiente.

Destilando su veneno,
con hipócrita bajeza,
humilla la audaz cabeza
ante un semblante sereno,
y viendo en el mal ajeno
lo que llaman su placer,
quisiera, aleve, tener,
para practicar el daño,
de víboras un rebaño,
y un abismo de poder.

¡Miradla! Pálida, ansiosa,
del envidiado en acecho,
siente rugir en su pecho
los odios en que rebosa.
Todo el infierno la acosa
para calumniar y herir,
y soñando en oprimir
con entrañas de pantera,
por una lágrima diera
cien años de su existir.

Entre llantos y suspiros
halla su felicidad,
y ni la santa humildad
logra escapar de sus tiros.
Reptil, en sus torvos giros
al mismo Satán retrata,
y, á todo favor, ingrata,
vivir odiando prefiere,
que la grandeza la hiere,
y el bien ajeno la mata.

Torpe, faláz, indecisa,
nunca mira con valor,
y estremece su rubor
y el alma hiela su risa;
más, si la calma es precisa
para asegurar su intento,
no cabe en el firmamento
el cúmulo de fiera
que esconde en una cabeza
ese tirano sangriento.

A veces, llora y se afana
del mal ante los abrojos,
y enseña turbios los ojos
á fin de mostrarse humana.
Guarde el Señor al que gana
á sus iras de esta suerte;
que, para el amor, inerte,
al acabarse su juego,
toda su piedad es fuego,
y todo su amor es muerte.

Segura de una ocasión
para esgrimir su cuchilla,
cuanto se pone amarilla
negro tiene el corazón.
Nunca triunfa la razón
de sus maléficis lazos,
y si al elevar sus brazos
fuerza mayor los atara
su corazón estallara
como un volcán, en pedazos.

Con insólita paciencia
sus hilos de araña teje,
siendo imposible que ceje
en su febril inclemencia.
Honra, virtudes y ciencia
tiene por crasos errores,
y aunque, repleta de honores
pudiera vivir dichosa,
jamás en calma reposa
ante glorias superiores.
Odiando á la caridad,
estéril al sentimiento,

su más leve pensamiento
es toda una tempestad.
Los rayos de la verdad
extraños son á sus fines,
y con hechos mil tan ruines
vierte un hedor tan profundo
que al penetrar en el mundo
rebasara sus confines.

Mónstruo de horror soberano.
más fiero que Lucifer,
quisiera al orbe tener,
para esprimirle en su mano.
Sañudo, como villano,
con todo lo grande lidia,
y, esclavo de la perfidia,
al mismo sol apagará,
si á tal su aliento llegara.
¡Maldición sobre la envidia!

TIMOTEO DOMINGO PALACIO.



COLIN

CUENTO

Cándido era un niño de ocho años, que a su belleza física reunía otra hermosura de mucho más precio, cual era tener un corazón bondadoso y compasivo para aliviar los sufrimientos de todos los seres á quienes veía padecer.

Hijo de un propietario de Córdoba, era el orgullo de su padre por la aplicación que manifestaba en la escuela, y embeleso de su madre por la hermosura de su rostro y de su corazón.

Todas las propinillas que recogía en premio de sus buenas prendas, las empleaba en el socorro de sus semejantes necesitados, y alguna vez también en el de los animales que podían ser aliviados con ellas.

Regresando un día del colegio á su casa vió como una docena de muchachos, poco más ó menos de su edad, pero todos ellos súcios y harapientos (de esos que aún hace pocos años constituían en algunas ciudades la mancha social que llamaban *colilleros*), que llevaban un pobre perro pequeño, feo y súcio, atado con una soga al cuello, de la que tiraban arrastrándole por los charcos é inmundicias, y celebrando con salvajes risotadas, puntapiés y golpes á su víctima, la asquerosa fealdad que esta iba adquiriendo conforme se sucedían los revolcones.

Horrorizado Cándido al presenciar tan repugnante escena, que los demás transeúntes miraban con indiferencia ó con risa, se aproximó á los muchachos y les dijo:

—¿A dónde lleváis á ese animal, y qué daño os ha hecho para que le trateis así?

—Ven con nosotros, contestó uno de ellos, y verás como le llevamos al río para que se lave, y cuando esté limpio y aseado ataremos una piedra á la punta de la soga para que baje al fondo del río á buscar cangrejos. Ningun mal nos ha hecho; pero en algo nos hemos de divertir.

—Pues mira, contestó Cándido, mejor podeis divertirlos con dos pesetas que yo os doy por el perro, y me lo llevo á mi casa.

—¡Dos pesetas! pero, ¿lo dices de veras?

—¿Dame la punta de la soga con una mano, contestó Cándido, y con la otra te las doy. Miralas.

—Toma, dijo el granuja... agarremos... agarremos.—Y el trueque quedó hecho con todas estas formalidades.

Los harapientos muchachos desaparecieron dando aullidos de alegría al verse poseedores de lo que jamás habían tenido, y el pobre perro, temblando aún, empezó á sentirse más tranquilo con su nuevo amo, á quien siguió hasta su casa sin violencia.

Enterados de lo sucedido los padres de Cándido, no pudieron menos de alabarle su buena acción, si bien se tuvieron que guardar de hacer ninguna caricia al animal: tal era el estado de suciedad en que se hallaba.

Tampoco sabía Cándido qué hacer para limpiarle, hasta que Cristóbal, un antiguo criado de la casa que idolatraba al niño, le sacó de apuros envolviendo al libertado perro en un trapo viejo y diciendo á Cándido:

—Vámonos con él al río y allí le asearemos.

Efectivamente, Cristóbal cogió al perro en sus brazos, y seguido de Cándido llegaron á la orilla del Guadalquivir.

El maravilloso instinto de que se halla dotada la raza canina en general, y el especialísimo que el protegido perrillo manifestó después, hizo que este animal se dejara lavar y asear por Cristóbal y el niño, sin oponer la menor resistencia, siguiéndoles después hasta su casa, donde llegó ya casi seco y acariciando á sus salvadores.

Pero el pobre can solo había conseguido con su limpieza no causar repugnancia. ¡Era feo como no podía ser más! Para que nada faltara á su fealdad, carecía completamente de cola, por cuya circunstancia precisamente se le reconoció en adelante con el nombre de *Colin*.

Pronto le hizo comprender á Colin su sagacidad, que en la casa solo tenía dos verdaderos amigos: su libertador Cándido y el buen Cristóbal, que consagraba su existencia á adorar y dar gusto á su pequeño amo.

Un año había pasado de ser Colin el privado de Cándido, al que adivinaba los pensamientos y se desvivía por cumplirlos; cuando éste y su familia salieron de Córdoba á un cortijo, propiedad del padre del niño, y donde pensaban permanecer hasta hacer la recolección de la aceituna.

Cándido había llevado sus libros para estudiar y repasar sus lecciones, pues á su vuelta á la ciudad quería examinarse de primera enseñanza.

Llegaba el sol á su ocaso una tarde, y Cándido estaba estudiando acompañado de su fiel Colin á unos mil pasos del cortijo, cuando se le aproximó un pordiosero en demanda de limosna.

Colin, que si bien solo tenía caricias para su amo y Cristóbal, tampoco ofendía á nadie, se encolerizó de tal modo con el mendigo, que tuvo su amo que sujetarle para que no se arrojara sobre aquel.

Ocupado el niño en agarrar al perro con una mano, mientras con la otra sacaba del bolsillo una moneda para dársela al pobre, éste aprovechó su embarazo, y arrojándose sobre él en un instante le amordazó con un súcio pañuelo.

Furioso Colin con la violencia que hacían á su amo, se abalanzó al rostro del saltador, clavándole los dientes en la nariz. Al dolor de la mordedura, el bandido, furioso, cogió al perrillo por los riñones y le arrojó al suelo con tal violencia, que, al verle inmóvil, creyó que le había reventado y no se cuidó de repetir los golpes.

Acto continuo, el secuestrador arrebató en sus fornidos brazos al infeliz Cándido, que aterado y medio sofocado por la mordaza, se dejó conducir sin oponer la menor resistencia.

A muy corta distancia del sitio donde había ocurrido esta escena, se hallaba amarrado un mal jacc, sobre el que el bandido colocó al niño, más muerto que vivo, y montando él también, sujetando con los brazos á su víctima, emprendió á campo atravesía un ligero trote, que duraría un par de horas.

La sorpresa, el espanto y la consideracion de lo que sus padres iban á sufrir en cuanto notasen su ausencia, hizo que Cándido se desmayara en los brazos de su verdugo y no pudiera apercibirse de que este le llevaba por un espeso monte hasta llegar á una caverna, donde aquel hombre desalmado le dejó sobre un monton de hojas secas.

Volvamos al pobre Colin, que aturdido y casi reventado del golpe, á los diez minutos de recibirle se pudo poner en pié, y con el instinto de fidelidad y agradecimiento que tenia hácia su salvador, en vez de dirigirse al cortijo, corrió, rastreó, y con el maravilloso olfato que Dios ha dado á su raza, pronto halló y siguió las huellas del caballo que conducia á su amigo, hasta presenciar, oculto entre la maleza, el sitio donde le habian encerrado.

Es indudable que la sagacidad de Colin le hiciera comprender lo poco útil que podia ser á su amo, él tan pequeño y tan débil; por lo que el animalito se volvió al cortijo, donde no es para expresado la consternacion y desconsuelo de los padres y criados con la desaparicion de Cándido, que era idolatrado por todos.

La presencia de Colin en medio de esta desolada familia fué para todos un rayo de esperanza; pero el pobre animal no podia contestar á las mil preguntas que le dirigian, y por otra parte, viendo que arrojaba de vez en cuando algunas gotas de sangre por la boca, dejaron ya de molestarle y él se acomodó en su camastro.

Toda aquella noche y el siguiente dia se pasó en infructuosas pesquisas. Los padres de Cándido se encontraban anonadados de dolor y sin fuerzas ni ánimo para resolver, cuando la moza del cortijo les entregó una grosera carta, cerrada, que habia encontrado junto á la pila de lavar.

Con la ansiedad que es de suponer, abrió la carta el desdichado padre, y se la leyó á su esposa.

La misiva estaba redactada en estos términos:

«Si Vd. quiere que se le devuelva vivo su hijo, sin dar noticia á nadie de lo que dice esta carta, Vd. mismo depositará mañana quince mil duros en oro, en lo alto de la peña del Aguila.

»Se vigilará si va Vd. solo y si vuelve antes que cierre la noche. La existencia del muchacho responde de la exactitud de lo que se le ordena, y de cualquier determinacion que tome para eludir el pago de dicha cantidad.»

Aterrados quedaron ambos esposos á la lectura de tal papel; no porque la crecida suma que se les exigia fuera superior á su fortuna, sino por la dificultad de reunir este dinero en el brevísimo plazo de una noche, habitando como se hallaban en el campo.

Esto no obstante, sin decir nada á nadie del contenido de la carta, el padre de Cándido montó á caballo en seguida y salió para Córdoba, dispuesto á arruinarse, si preciso era, por rescatar la vida de su hijo.

Entre tanto, y desde la desaparicion de Cándido y la vuelta de Colin al cortijo, Cristóbal se habia constituido en su enfermero, y despues de haberle tenido en brazos la parte de noche que no habia ocupado buscando á su niño, debieron sin duda entenderse aquellos dos corazones de oro, pues dejando Cristóbal á Colin bien abrigadito en su camastro, salió del cortijo sin decir á nadie nada, con direccion al pueblo próximo distante una legua de la alquería.

Llegado al pueblo, Cristóbal buscó en él á un cabo de la Guardia civil acantonado en el mismo, que comandaba á otros cuatro guar-

dias, y despues de conferenciar los dos por espacio de media hora, Cristóbal volvió al cortijo sin decir ni aún á sus amos el proyecto que abrigaba.

Llegada la noche de aquel dia, y poco rato despues que el padre de Cándido habia salido para Córdoba, Cristóbal, que estaba ya en acecho, oyó un ligero silbido, é inmediatamente y sin que nadie se apercibiera en la casa, cogió entre sus brazos á Colin y salió á reunirse con cinco hombres que le esperaban á corta distancia.

Por los tricornos enfundados de aquellos hombres y por las armas que se les veian relucir bajo los capotes, cualquiera podia reconocer en ellos á individuos que pertenecian á esa pequeña providencia de los caminos y de los campos que se llama Guardia civil.

Cristóbal, con su perrito en los brazos, les saludó, y en seguida, todos juntos, tomaron la direccion del sitio donde se habia verificado el rapto de Cándido, y que habia sido reconocido por el libro que el niño dejó en aquel sitio.

Una vez en este punto, Cristóbal puso á Colin en el suelo y, como si este animal fuera capaz de entenderle, á media voz y acariciándole le decia:

—¡Colin! ¡pobrecito! ¡nos han robado el amo! ¡Búscale, búscale, que tú sabes dónde está! ¿No es verdad que lo sabes, mi pobre Colin?

El perro principió por mirar á Cristóbal con extrañeza, despues olfateó á los guardias uno por uno, y Cristóbal volvió á sus exhortaciones.

—¡Colin! estos señores y yo, y tú, vamos á buscar á Cándido, á quien tanto queremos, al amo de este libro, ¿ves? y Cristóbal sacó la Gramática que el niño habia dejado en aquel sitio, y se le acercó al perro á la nariz.

Colin olfateó el libro, le lamió, y dando un pequeño suspiro se quedó parado.

El fiel criado, entonces, volvió á acariciarle y exhortarle con las amonestaciones de ¡vamos, vamos, búscale!

Indudablemente acababa de comprender el instintivo animal lo que se exigia de él, pues empezó á correr dando mil rodeos y con la nariz pegada al suelo, hasta emprender directamente el camino hácia el árbol donde Cándido habia sido colocado sobre el caballo. Despues continuó su marcha á través del campo y por las mismas huellas que aquel habia dejado y que los guardias y Cristóbal reconocian de vez en cuando.

CAYETANO COLLADO

(Se Continuará.)

LA ESPERANZA

En el quicio de la puerta,
de choza de humilde entrada,
llorando desconsolada
una pobre niña ví;
por la causa de aquél llanto
la pregunté, con ternura,
y la infeliz criatura
supo responderme así:

—Huérfana y pobre, en el mundo
paso desapercibida,
cual débil hoja perdida,
que á impulso del huracan,
ora cruza por el llano,
ora baja las pendientes,
ora surca las corrientes
sin saber á dónde van.
De mi insondable destino,
de mi suerte rica ó vana,
de mi futuro mañana
nada acierto á suponer;
solo puedo asegurarnos,

que una esperanza me alienta
en esta lucha cruenta
que debo de sostener:

La de encontrar una dicha
tan risueña como pura,
la de ver, allá en la altura,
la hermosa imagen de un Dios
que apiadado de los pobres,
tan sufridos como buenos,
los dé otros dias serenos
de estos terribles en pos.

Aquí nada me sonríe,
allí todo me extasia,
allí hay luz y poesia,
prosa y tinieblas aquí;
allí todo es bienandanza,
aquí todo sinsabores,
duelos, miserias, dolores,
que son venturas allí.

Nada más habló la niña;
mudo escuché su relato,
y oyendo su acento grato
así exclamé al terminar:
—Sigue, hermosa, esas doctrinas,
que la esperanza en el suelo,
virtud es que lleva al cielo
las almas al despertar.

FRANCISCO ARECHAVALA

ENCICLOPEDIA INFANTIL

APUNTES ACERCA DEL PIANO.—POBRES ILUSTRES.—
HALLAZGO.—POBLACION DE LAS REPUBLICAS HIS-
PANO-AMERICANAS.—MÚSICOS CÉLEBRES.

Apuntes acerca del piano.

Hacia el año 1713 Pantaleon Hebrester, profesor de música y de baile de Leipzig, retirado en una aldea de Sajonia, halló un medio de mejorar el salterio; fué recomendado el invento al rey de Polonia, cinco años despues, por el baron de Dieskan, valiendo al autor Hebrester el nombramiento de músico de la Real capilla.

Entra en este instrumento, segun algunos quieren, un doble salterio que se tocaba con dos palillos forrados de algodón sobre unas cuerdas metálicas y otras muy parecidas á las del violin.

Escipion Malet asegura que el primero que inventó el teclado y los martillos fué Cristófori de Pádua; algunos autores alemanes dicen que en 1717 existia en Dresde un verdadero piano forte con martillos, hecho por Gottlop Schooter. Tambien fué presentado este instrumento al rey de Polonia, quien mandó perfeccionarlo por confundir la armonía al resonar demasiado, dando esto origen á los apagadores de paño, que más tarde Cristófori inventó.

El precio mínimo de estos instrumentos en casa de Silberman, constructor de órganos de Strasburgo, era 3.600 reales.

Desde Alsacia pasó á Inglaterra; el conde de Brühl, embajador de Sajonia en Londres (1786), notó que las cuerdas de acero calentadas hasta el azul, producian mejor sonido. Y en los pianos de aquella época se encontraban cuerdas de hilo de hierro, ménos las 16 últimas—los bordones—que eran de latón.

La casa de Sebastian Erard sobrepusó desde 1795 á todos los constructores de pianos, aunque solo construía en esta última fecha 300 pianos cada año.

La casa de Broadwood, de Londres, construía ya de 1815 á 1823 hasta 1.900 pianos por año.

Así el piano de mesa, cuyo mecanismo llevó Petzold de Sajonia á París; la barra metálica de Erard; el cubrir con fieltros los martillos; el que éstos hirieran las cuerdas por encima como en los verticales; el escape inglés de los pianos de mesa, el enderezar las teclas (antes en su tercera parte torcidas); el escape de los verticales de Roller y Blanche y otras mil innovaciones, han elevado el piano á la altura que hoy se encuentra; solo el sistema de afinacion por clavijas se halla hoy como en la infancia del piano, sin que la multitud de ensayos hechos por los constructores franceses, hayan dado, que sepamos, resultado alguno satisfactorio.

Pobres ilustres.

Sócrates era hijo de un escultor.—Eurípides de una frutera.—Virgilio de un panadero.—Lamothe de un sombrerero.—Sixto V de un sombrerero.—Rousseau de un relojero.—Shakespeare de un carnicero.—Lincoln de un leñador.—Colon de un cardador de lanas.—El Cardenal Dubois hijo de un labrador.—Gotto de un pastor.—Varron, el Cónsul, de un carnicero.

Hallazgo.

Un geólogo alemán ha descubierto en el álveo del río Vulda, provincia de Hesse, un bosque de encinas, enterrado bajo una capa de arena de cuatro metros de espesor. Los troncos de los árboles se encuentran en buen estado de conservación, la madera no ha perdido en nada su consistencia y es muy apropiado para la fabricación de muebles. Uno de los troncos, que mide 18 metros y tiene metro y medio de diámetro, ha sido enviado al museo geológico de Berlín.

Poblacion de las Repúblicas hispano-americanas.

Hé aquí, dice *El Nacional* de Lima, el número de habitantes que contienen, según los últimos censos, las Repúblicas hispano-americanas.

Méjico, 9.276.079; Perú, 3.239.932; Colombia, 2.910.329; Chile, 2.075.971; República Argentina, 1.774.449; Venezuela, 1.784.190; Bolivia, 1.742.344; Guatemala, 1.194.000; Ecuador, 1.038.087; San Salvador, 600.000; Uruguay, 450.000; Honduras, 351.700; Santo Domingo, 290.000; Nicaragua, 200.000; Paraguay, 221.000; Costa Rica, 185.000; total 27.486.131.

Músicos celebres.

Mozard empezó la carrera de compositor dramático á la edad de doce años; Weber y Carafa á los catorce; Galuppi y Zingarelli á los diez y seis, Generali, Paccini, Petrella, Rossi y Cagnoni, á los diez y siete; Mosca, Rossini y Luis Ricci, á los diez y ocho; Boil-dieu, Handel, Mehul, Cherubini, Salieri, Fioravanti V, Donizetti y Usiglio, á los veinte; á los veinte y uno Scarlatti, Paer, Reimondi, Meyerbeer, Lortzing y Ponchielli. A los veintidos Paisiello, Luis Mosca, Spontini, Conti, Bellini, Marschner, Pedrotti, De Gio-sa y Gomez; á los veintitres años Iommelli, Sarti, Cimarosa, Morlacchi, Pavesi, Coppola, Balfe, Wagner y Rubinstein; á los veinticuatro años Pergolesi Hasse, Sacchini, Gretry, Orlandi, Herold, Vaccai, Mercadante y Marchetti.

Graun, Portogallo, Leo, Coccia y Benedict, contaban veinticinco años cuando compusieron la primera ópera; Piccini, Adam, Federico Ricci, Thomos y Verdi, veintiseis; Flotow veintisiete; Gluck y Halevy veintiocho; Monsigny, Gossec, Lesueur y Auber treinta; Mayr treinta y uno; Philidor, Anfossi y Gounod treinta y tres; Lulli treinta y nueve; David cuarenta y uno; Tritto cuarenta y cinco; Rameau cincuenta.

TEATROS

El teatro de la Comedia es el que está presentando actualmente más novedades que otro alguno, con éxito variado.

Frivolidad y buen fondo, Madame attem Monsieur, Cecilia, Juan Baudry y La mujer y la yegua, han sido, entre otras, las producciones que más han llamado la atención.

Pero como el género no es de casa, es decir, no es español, me abstengo de emitir juicio acerca de ellas, porque tal vez en España no se tenga conformado el cerebro para pensar como en el país en que se escribieron.

Más vale entender así que aventurarse á juzgar de cierto modo.

¿No habeis leído unos versos que pocos días há revoloteaban impresos por todas las reuniones, calles y plazas de la corte?

Pues su autor era Marco.

Este Marco no es Marco Tulio Ciceron, ni Marco Antonio, el triunviro; ni Marco, el que se quedó sin oreja de un tajo que le dió San Pedro en el Huerto de las Olivas, sino un asno sábio como todos los de su género.

Rogaba en su inspirada composicion poética que acudiera mucha gente á su beneficio en el Circo de Price.

Y ¿quién se niega á la súplica de un burro, sobre todo, cuando habla tan cortésmente?

Ninguna persona bien educada se atrevería á ello. Por eso yo fui al beneficio de Marco.

Se excedió á sí mismo: estuvo inimitable, sapientísimo.

Cuando aquella noche regresé á casa, sólo una duda asaltaba mi cabeza.

¿Será verdad la metempsicosis?

Si ésta existe, nada tiene de particular que admiremos á un Licurgo ó á un Platon en la arena del Circo de Price.

Ricardo de la Vega, el jóven y ya laureado escritor dramático, ha obtenido un triunfo más en su sainete lírico *La cancion de la Lola*, cuya música es de los maestros Valverde y Chueca.

Los tipos dibujados por Ricardo de la Vega parecen más bien arrebatados de su centro natural y transportados á las tablas: tal es la naturalidad con que los presenta.

Todos ellos son de los *barrios bajos*, con toda su gracia y buena sombra.

La música, por su parte, es tambien lo más popular que puede darse, estando de tal suerte combinada, que se hace juguetona y lijera.

Las Sras. Tubau y Valverde, muy bien; Romea y Rosell á la misma altura de siempre.

El teatro de la Alhambra va siendo cada día más afortunado.

Y esto lo merece muy bien la empresa.

ADELINA MARK

CRÓNICA

Dispuestos siempre á tributar elogios merecidos á los adelantos que nuestra patria experimenta, sin escasear aplausos á cuantos españoles sobresalgan en cualquiera de los ramos del saber humano, consignamos con nuestra habitual franqueza que la exposicion de la Sociedad de acuarelistas, inaugurada el 24 del corriente, á los tres años de constituido este centro artístico, es un verdadero acontecimiento de circunstancias digno de loa.

En el modesto, pero á la vez elegante salon de la calle de la Misericordia, en donde se encuentra instalada la exposicion, hay mucho que admirar, mucho que aplaudir y mucho digno de imitar.

De un lado hay que admirar el generoso desprendimiento de los artistas que señalan obras de fabuloso mérito con precios tan relativamente exíguos, que el ménos experimentado, el más exigente, comprende que aquello obedece al pensamiento de sostener vivo el interés por el divino arte y la gran cohesion que existe entre los asociados.

De otro lado hay que aplaudir el gusto que ha presidido en la colocacion de aquellas obras del génio, sin otro esfuerzo, sin otros auxilios que los propios que acumulan la voluntad y el saber de la colectividad misma.

Y por último, ¡á cuántas reflexiones se presta aquel conjunto de bellezas pictóricas! ¡Qué enseñanza para aquellos otros que todo lo fian al apoyo oficial ó de la familia mientras que reposan en el olvido, entregados al ocio y á la incuria!

Si todas las profesiones, si todas las artes imitaran el laudable celo de la Sociedad de acuarelistas de Madrid, España, no decimos que tendria que envidiar nada en laureles á los profesores y artistas extranjeros en punto á sus méritos, porque las últimas exposiciones universales han demostrado en ambos continentes lo que vale y lo que significan nuestras producciones, sino que el país multiplicaría su riqueza al nivel de las naciones más cultas y laboriosas.

Para concluir, puesto que no tenemos espacio para reseñar uno por uno los cuadros expuestos, y por no herir la susceptibilidad de los artistas, copiamos á continuacion los nombres de todos:

Lopez (D. F.).—Cebrian.—Sabater.—Casanova.—

Garrido.—Muriel.—Caruncho.—Pellicer.—Urrutia.—Manresa.—Lhardy (D. A.).—Estéban.—Hispaleta.—Saavedra.—Madrado.—Rodriguez Tejero.—Valdecaza.—García Lopez.—Edwards.—Castaños.—Nicolau.—Doucorneau.—Plasencia.—Acevedo.—Galvan.—Rosadillo.—Morera.—Domec.—Alverola.—Jadraque.—Perea.—Zuloaga.—Sans (D. R.)

El día 19 tuvo efecto en el teatro del Recreo la velada lírico-literaria, anunciada por el infatigable señor D. Enrique Benavent, en la que lucieron sus adelantos multitud de jóvenes de ambos sexos, alumnos unos de dicho señor y otros del Conservatorio nacional de música.

Las horas trascurrieron con facilidad por lo variado y ameno del programa, pues se cantaron al piano las notas sublimes de Donizetti, Gottschalk, Gounod, Scuderi, Rossini, Luzzi, Meyerbeer, Schubert, Mazza, Monasterio, Caballero y otros; se dijeron poesías elevadísimas y se leyeron por diferentes aventajadas alumnas del Sr. Benavent, trozos escogidos escritos en correcto francés.

Pero en la imposibilidad de hacer mencion de todos y cada uno de las señoritas y caballeros que tomaron parte en tan agradable fiesta, tributaremos nuestro parabien á la señorita doña Amalia Encabo, que cantó de una manera admirable, acompañada al piano, la romanza de Luzzi *Mia madre*; á la señorita Alonso y al Sr. Benevent, que tambien cantaron al piano, con mucha expresion y gracia, las seguidillas y estrofas de la zarzuela *El lucero del Alba*, y finalmente á D. S. Roberto Dupuy, que leyó magistralmente una bellísima poesia titulada *Un recuerdo á Valencia*.

Mas como entre el placer hay siempre oculto algun dolor, con dolor presenciamos en la agradable velada algunas interrupciones extemporáneas y demostraciones poco en armonía con la buena educacion, hechas de parte de esos seres que, ó movidos por la envidia ó mal aconsejados por la imprudencia, todo lo turban y trastornan, sin respeto á las buenas costumbres y al público ilustrado y sensato.

Prosiga, sin embargo, en su loable difícil tarea el Sr. Benavent, seguro siempre de que ha de recoger laureles y plácemes del pueblo culto.

SOLUCION**PETRÓLEO**

Han acertado la solucion á la charada inserta en el número anterior, la Srta. Doña Jesusa Granda, las de Perez del Rio, Doña Concepcion Ariño y D. Timoteo Albarado.

CHARADA

Con dos prima sé expresar infinitos sentimientos: sé reirme, sé llorar, sé burlarme, y admirar del hombre los pensamientos. En prima dos se refleja el talento ó el dolor, y al todo nadie semeja en escena, si á la reja véisle hacer el trovador.

JESUSA DE GRANDA

ADVERTENCIA

Tenemos la satisfaccion de anunciar á nuestros abonados, que el Excmo. Ayuntamiento constitucional de Madrid, en sesion de 3 de Mayo último, se ha dignado conceder á nuestra Revista el uso del escudo de esta villa y corte. Tan alta distincion es un título más para que nosotros, con el celo más exquisito, procuremos llenar la mision que nos propusimos al aparecer en el estadio de la prensa.

R. Velasco, impresor, Rubio, 20.